

**JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO**

# **Dedos de leñador**

(Días de 2019)

con prólogo de  
**JUAN JOSÉ MARTÍN RAMOS**

**EDITORIAL POLIBEA - la espada en el ágata / 32**

**DEDOS DE LEÑADOR**  
**(Días de 2019)**



JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO  
(Foto: M.C.P.)

**JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO**

**DEDOS DE LEÑADOR**

(Días de 2019)

Prólogo de  
JUAN JOSÉ MARTÍN RAMOS



DEDOS DE LEÑADOR. DÍAS DE 2019

© José Ángel Cilleruelo, 2021

© por el prólogo, Juan José Martín Ramos 2021

© por la presente edición, Editorial Polibea, 2021

Ronda de la Avutarda, 3. 28043 MADRID

[http://ellevitador.polibea.com/LEVITADOR\\_index.html](http://ellevitador.polibea.com/LEVITADOR_index.html)

ISBN: 978-84-123112-6-6

Depósito Legal: M-13805-2021

Cubierta:

biblioteca transparente

DIRECTOR Y DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan José Martín Ramos

ASESORES LITERARIOS:

Ángel Luis Vigaray (†), Ángel Rodríguez Abad,

José Ignacio Serra y Matilde Muñoz

IMPRIME:

SAFEKAT – Madrid

## LA SILLA VACÍA DE FELICE

por Juan José Martín Ramos

HACE AÑOS que José Ángel Cilleruelo se ha decantado por una literatura breve —que, como él mismo señala para otro asunto y me apropio yo, «no por ello, es reductiva, sino capaz de ampliarse hacia el infinito»—y fragmentaria, lateral y fuera de los géneros al uso de la mercadotecnia editorial; en la que adivinamos la huella de ilustres *orillófilos*, o de ilustres que siendo grandes gustaban y frecuentaban la lateralidad —como la de las glosas dorsianas o las notas sobre casi todo o sobre casi nada de Camba—, o incluso de aquellos que no sintiéndose cómodos con el corsé del género del que se tratase, justificaban en la subversión de la nomenclatura la subversión de las reglas, así las *nivolás*, los *meopás*, los *aerolitos*, los *aforemas*, o la

magistral redefinición de la novela que hiciera Rafael Pérez Estrada en *La sombra del obelisco*.

Siendo eso así, José Ángel Cilleruelo entrega en *Dedos de leñador. Días de 2019* un diario/dietario que, salvo por la baliza cronológica, sigue el plan —que viene de antiguo— de otras obras del autor, desde *Barrio Alto* (1997) a *Añil. Diario de sensaciones* (2021), grupo de obras en el que, saltándome la rígida estructuración que le otorga la Wikipedia, y quizá la taxonomía filológica, yo incluiría por afinidad tanto los denominados libros de poemas en prosa (*Galería de charcos* -2009-, *Vitrina de Charcos* -2011-, *Becqueriana* -2015-, *Cruzar la puerta que quedó entornada* -2017-) como el de aforismos (*Lunáticos*, 2017), bajo una nueva denominación —más adelante revelaré cuál— para una literatura que gusta buscarse —pues, al fin y al cabo, de una búsqueda trata, me atrevería a decir, *toda* la escritura de Cilleruelo—, en el poema en verso, el poema en prosa, la entrada tradicional de diario, la reseña literaria, la noticia de eventos, la noticia política, la meditación o la invectiva amable (oxímoron), y le gusta ofrecerlo todo junto en un volumen para el que sólo ahora dispondríamos de la escueta definición de *libro*. Sin más.

Esa búsqueda no afecta sólo al escritor y su literatura. Pretende reformular unas reglas de juego que impliquen al escritor, al lector y hasta, ¿por qué no?, al editor, en la

plasmación de la obra no como producto sino como hecho artístico y de pensamiento. (El autor como autor, pero también el lector como autor y el editor como autor).

En ese cruce de caminos nos encontramos a la par José Ángel Cilleruelo y yo mismo —que *busco* (re)orientar utópicamente mi labor como «editor de cámara»—, que no leo este *Dedos de leñador* como un diario, más bien como una autobiografía («es curioso comprobar cómo el diario, a la que uno se despista, se convierte en un libro de memorias», manifiesta, sorprendido, Cilleruelo) y, sobre todo —en lo que a mí más me afecta e interesa— como *recuento*, de cuyas abundantes pruebas, que se pueden rastrear en el texto, no podemos dejar constancia en esta breve nota.

*Recuento* en una obra en la que el autor se permite escribir por vez primera de su labor docente —a día de hoy felizmente concluida—, protagonista de numerosas páginas de *Dedos*...

*Recuento* en una obra en la que, probablemente también por primera vez, se pone de manifiesto la importancia de la vida cotidiana.

*Recuento* en una obra marcada por la nostalgia —anticipándose, curiosamente, a la segunda entrega cronológica del diario, que aparece en *Añil*, ya en plena época pandémica.

*Recuento de* —cambio la preposición— una obra en la que José Ángel Cilleruelo señala, quizá con mayor nitidez que en otras obras suyas, no sólo su *poética*, también su visión de *oficio de poeta*, pero no con la certeza de la experiencia acumulada a lo largo de los años, sino —lo que es mejor— con la sorpresa —y, remarcaría, la *feliz perplejidad*— de haber llegado en este momento de la vida a ese descubrimiento.

*Recuento de* una obra que se gusta, como preciados tics de su lateralidad, en la magia de la matemática *celestes* —a la que le otorgo, porque sí (y porque es así), una filiación valleinclaniana— construyendo sonetos de 99 palabras, o poemas de cien, o series temáticas de un número predeterminado de entradas completen o no el motivo central que las justifica, o libros de cien páginas para entregar al menesteroso —y no lo escribo con retintín— editor que imprime cien copias de sus libros, que llegarán a cien lectores...

*Recuento de* una obra marcada por la conciencia de que «un escritor le escribe al tiempo», con lo que tiene de paradójico —aunque sé que no tanto— en un autor eminentemente *locativo*.

*Recuento de* una obra que se descubre y reconoce en «los géneros privados» —denominación o etiqueta que deberíamos aplicar a ese grupo de obras de Cilleruelo que

señalábamos al principio de esta nota, aunque no como signo de época de la *literatura 2.0* de un hoy líquido, sino como género en el que, ¡sencillamente!, «un emisor busca emocionar a un único receptor».

*Recuento de una obra a cuya totalidad* —no sólo la que ahora el lector disfruta entre sus manos— se le podría aplicar como metáfora la imagen de los *dedos de un leñador*...

He dejado dicho en alguna ocasión, aunque no escrito, que leer a Cilleruelo es como asistir, en el tapiz vacío y blanco de una de esas viejas placas polaroid de nuestra infancia, en el devenir de su palabra, al surgimiento de la imagen, que se va haciendo cada vez más nítida ante nuestros ojos, hasta la revelación —también en sentido fotográfico— completa de la misma. (Será cosa del lector dar(se) cuenta en la imagen incluso de los detalles que Cilleruelo no nombra, pero que no por ello no existen, y eso es también parte de la apuesta literaria del autor).

De igual manera, sí he dejado escrito, pero no sé si dicho en su momento, a propósito de *Almacén. Dietario de lugares* —y lo aplico a *Dedos de leñador*— que en la vocación *transgénérica* de su literatura —sobre todo la que agrupo como *literatura privada*— la obra de Cilleruelo oculta —a modo del dibujo escondido en la alfombra— una arboladura aforística, como si al final, esas pequeñas

gotas, esas pequeñas perlas, terminaran descifrando el sentido último de su literatura. Igual que en *Almacén*, *Dedos de leñador* destila un ramillete de aforismos —que dejo al buen ojo del lector su descubrimiento—, que bien podría desgranarse de su *casa nodriza* para generar una obra con significado pleno y propio.

*Dedos de leñador. Días de 2019* se escribió en 2019 en la idea de publicarse ese mismo año por un propósito de inmediatez que el propio Cilleruelo explica en la entrada del 9 de abril, martes, penúltima de un diario proyectado para abarcar —una vez más— *cien* días (arbitrariedad —otra— juguetona que cuestiona las reglas del género). El menesteroso editor frustró el propósito (*la vida difícil*, que diría Carranque de Ríos) y llegó la pandemia. Conmueve hoy leer la entrada del 25 de agosto, domingo, perteneciente al apéndice «Algunos días más», en la que sin saber qué nos depararía el futuro, Cilleruelo escribe:

Dentro de unos meses se acabará el 19, y el que le sustituya será un año redundante. Veinte, veinte. Tal vez por ello me he agarrado al salvavidas del 19 con este diario como quien sabe que no va a acudir nadie a rescatarle, pero cada segundo que se mantenga a flote será un segundo de vida. No es que el 20 traiga malos augurios.

En absoluto. Incluso puede que sea un buen año. Para ser mejor que este no necesitará gran cosa.

Y aunque durante los meses de confinamiento domiciliario —¡ay, cómo interpretará esta frase el lector estudioso de Cilleruelo a cuyas manos le llegue este volumen dentro de 50 años!— nuestro autor ha continuado su labor diarística, pero de otro tenor, quedan las páginas de estos *Dedos de leñador* como muestra de un momento anterior —feliz, aunque él no lo supiera— pero en el que ya queda patente el haber alcanzado la *imagen* de un destino literario (y vital) cumplido, que no acabado no obstante su tono crepuscular.

José Ángel Cilleruelo deja escrito aquí que «la literatura nace de la vivencia cotidiana, pero es el resultado de su trascendencia, no de su relato», lo que me hace pensar en los 247 días restantes de 2019 de los que no se habla, sobre cuya vida no se escribe, pero que de alguna manera están en este diario como los rincones velados que emergen de esa placa polaroid, su negativo necesario.

En el estante, encima de mi cabeza, donde escribo, una foto de Kafka me sigue con la mirada allá donde me mueva. José Ángel Cilleruelo atrapa un día de 2019 la instantánea, que describe Canetti, en la que Kafka, tras la marcha de Felice a Berlín, se traslada al cuarto que ocu-

paba la joven —nos cuenta Cilleruelo— y tras un breve paseo «entra en la que fue la habitación de la amada y en el balcón se sienta en el lado de la mesa que durante sus veladas ella ocupaba», desde el que Kafka le escribe una postal a la chica. No puedo dejar de pensar que *Dedos de leñador* es esa postal. La silla vacía de Felice, la vida de la que surge.